

SEÑALES

La hora de las visitas

□ Cuando la costumbre del visiteo va desapareciendo, poco a poco, entre las gentes que no tienen ninguna representación, los personajes se dedican a cumplimentarse mutuamente. Todavía duran algunos residuos de esa costumbre de relación social, farsa pura, en la que dos personas se corresponden presentándose de vez en cuando la una en casa de la otra.

«Hace mucho tiempo que no vamos por casa de Fulana», murmura un día cualquiera la que se nota en falta. Aquella tarde se arregla y compone y se presenta en el domicilio ajeno, tributando frases de excusa y vertiendo flores cultivadas en la ausencia. Es recibida en el salón, charla sobre los enredos del vecino; si el vecino no tiene enredos, los inventa y se larga satisfecha de haber cumplido con un «deber social».

Va desapareciendo esta costumbre, entre la gente de poco más o menos. Pero se inicia su cultivo entre la gente de mucho más. En las últimas semanas el visiteo internacional ha mostrado una actividad desconcertante. Barthou se lanza en expreso y llega a Bucarest, donde saluda a Tataresco, a quien no tiene el gusto de conocer personalmente. Vuelve hacia Francia y, de camino, se da cuenta de que pasa ante la casa de Dollfus y sube un momento, para aprovechar la ocasión. (El pobre; quien iba a decir que unos días después...) Dollfus estaba muy ocupado, recibe con impaciencia y apenas el francés ha traspuesto los umbrales vieneses, toma sombrero y bastón y se encamina a

ver a Mussolini. El Duce recibe galantemente y le cuenta que un poco después llegará el señor Hitler. Dollfus no tiene ganas de encontrarse con el bello Adolfo y se va antes de lo que pensaba. Adolfo llega a Venecia y es recibido con todos los honores. Pero a la mitad de la conversación surge una breve pelea y abandona la mansión, prometiendo no volver en mucho tiempo. «Habrá grosero, recibirme así en su casa!» Y se entera más tarde que el señor Vladimir Potemkin, embajador de la U. R. S. S. en Roma, ha charlado durante más tiempo que él con Mussolini. La verdad, no merecía la pena haber tomado un taxi...

Mientras tanto, en las cocinas, se preparan menjurjes explosivos, pólvoras sordas, granadas en dulce, por si acaso se les ocurriera tomar el té...

Va a ser necesario reponer la costumbre de las tarjetas, dobladas por donde se antoje.

Tristán Bernard, deportivo

□ En la última carrera ciclista de la vuelta a Francia, el viejo y jocoso escritor ha sido uno de los jueces de ruta. Con su cuantiosa humanidad a cuestas, sin importarle un pimiento las andanzas y caminatas, ni el sol ni el descanso, Tristán Bernard ha ido de un lado a otro para establecerse por cortos lapsos en las revueltas de una carretera y tomar nota de la marcha correcta de la prueba ciclista.

Siempre ha sido el autor de «Petit Café» un aficionado al aire libre. Agil, a pesar de sus años, alegre siempre, optimista bajo el sol amarillo, da una prueba simpática frente a los ratones de biblioteca y los incansables y prolíficos trabajadores en cuarto cerrado. Ni su vida en contacto con el deporte le ha impedido una obra considerable, ni quizás hubiera conservado esa juvenil energía, sin estar en sus ratos de ocio en contacto con la fuerza y la destreza de los gimnastas y velocipedistas.

Muchas anécdotas sabrosas se han contado de Bernard du-